5-235

LA NOSTALGIA DEL SER

CASA MUSEO UNAMUNO

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

A la memoria de León Bloy.

HACE pocos meses ha muerto en los alrededores de París, en Bourg-la-Reine, solo y abandonado y obscurecido, á sus setenta y un años, León Bloy.

«¿León Bloy? — se dirá el lector—, y ¿quién era León Bloy?» Porque de él apenas se hablaba. Declaró la guerra, guerra á denuestos é improperios, á casi todos sus contemporáneos compañeros — ¿compañeros? — de letras, y éstos le pagaron haciendo el silencio en torno de él ó tratándole de loco. Y él, León Bloy, el mendigo ingrato, el peregrino del Absoluto, que así, de estos dos modos, se llamó á sí mismo, gozaba el áspero deleite de su aislamiento, el pasto amargo de una soledad que se buscó y que cultivaba como el jardincillo de un cartujo. Riñó con los hombres para buscar á Dios. ¿Le habrá encontrado?

C'est un gueulard!, «¡es un bocota!» —me decía de él un periodista francés con quien topé en el frente italiano. Sí, fué un bocota, un aullador, uno que gritaba sus ansias y sus cóleras. Fué, como el Bautista, voz de uno que clama en el desierto (Mat. III, 3). Y él mismo se hacía desierto en su derredor. Hacíase desierto para ver si en espejismo le visitaba Dios.

Os dirán de León Bloy que fué un escritor católico. ¿Católico? Según lo entendamos. En todo caso desesperadamente católico. Su catolicismo era el de la desesperación. Pareció estar glosando durante su atormentada vida entera el trágico «¡hay que embrutecerse!» — *il faut s'abêtir* —, de Pascal.

Leed su libro *La Femme Pauvre*, que el autor llama episodio contemporáneo. Allí encontraréis ferocidades de un espíritu cuyo lema era: «ó Dios ó nada». «Una santa — escribe — puede caer en el fango, y una ramera subir á la luz; pero jamás se podrán hacer ni una ni otra una mujer honrada, porque la horrible vaca árida que se llama una mujer honrada, y que rehusó antaño la hospitalidad de Belén al Niño Dios, está en una impotencia eterna de evadirse de su nada por la caída ó por la ascensión.» Prescindid de la ferocidad ascética del juicio y fijaos sólo en lo de caer de la nada. ¡Caer de la nada! ¡Caída de la nada!

Leed, en el mismo dolorosísimo libro, su evocación de la Edad Media — una Edad Media fantástica, por supuesto —, de aquella edad cuya melodía religiosa le parecía ser un «antiguo estremecimiento del Espíritu Santo á través de los huesos de los muertos», como en la danza macabra, sin duda. Y leed, sobre todo, aquellas páginas de llamas, pero de llamas hollinosas y de humo espeso, tanto como de fuego, en que arremete contra León XIII porque al día siguiente de haber sido expulsadas de Francia las comunidades religiosas no lanzó aquel Papa el Interdicto sobre las ochenta diócesis de la República, «un Interdicto absoluto, *omni appellatione remota*, hasta la hora en que todo este gran pueblo, sollozando, pediría gracia.» Y todo para que él, León Bloy, viese á su pueblo, moribundo de miedo— tal creía —, cantando penitencia.

¡Qué pareci-

do guarda este áspero y torturado profeta con aquel danés que fué Kierkegaard! Hermanos en desesperación.

A uno de los extraños personajes de sus libros, personajes que no son sino él mismo, él que se multiplicaba en hijos del espíritu imaginativo para po-

VNiVERSiDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES

CASA MUSEO UNAMUNO

5-235

blar el desierto que en torno de sí se había logrado hacer, á uno de esos personajes le hace decir: «¡Ah, Señor!, soy un sacerdote muy malo. Me habéis confiado un rebaño durmiente y no sé despertarlo. ¡Es tan abominable, tan hediondo, tan totalmente horrible durante su sueño!» Y así es; no hay nada más nauseabundo que el rebaño, sobre todo el humano, cuando duermo.

Y la más dolorosa y heroica de las obras de misericordia es despertar al dormido cuando duerme sobre el brocal del pozo de la nada.

¡La nada! Este fué el tormento del mendigo ingrato, del peregrino del Absoluto, del que dijo que las almas derechas están reservadas para tormentos rectilíneos. Sus santos fueron Juana de Arco, María Antonieta — la Caballera de la Muerte — y Cristóbal Colón, de quien hizo un mito fantástico.

Y este hombre, ó más bien este rebojo de humanidad estrujado por la zarpa de la Esfinge, este furioso creyente que se azotaba la razón con varas de fuego, tuvo una sentencia de esas para siempre, una de esas sentencias en que se vacía... ¡no!, en que se llena un alma y se eterniza. Fué cuando dijo: «Todo nos falta y nos morimos de la nostalgia del Ser.»

¡La nostalgia del Ser! El hombre que ha sentido esto, que se ha palpado sombra, ¿cómo ha de poder vivir fuera del desierto? El *gueulard*, el bocota, era de otro mundo que aquel en que sus contemporáneos, los demás literatos franceses, vivían, sobre todo antes de la guerra.

Y esa nostalgia del Ser, ¿qué era? No será aquel hambre y sed de palabra de que nos habla el profeta Amós cuando dice (capítulo VIII, v. 11): «He aquí que vienen días, dice el Señor Jehová, en que enviaré hambre á la Tierra; no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír palabra de Jehová.» El pobre Mendigo Ingrato, el Peregrino del Absoluto, sentía nostalgia de ser, que no era sino hambre y sed de la palabra substancial y absoluta, de la palabra que crea la cosa, y se sentía avergonzado como aquellos profetas de que nos habla Miqueas el profeta (cap. III, v. 7), porque no tenían respuesta de Dios. Como el Cristo trágico que forjó la mente también estrujada de Juan Pablo Richter, aquel Cristo que, seguido de la Humanidad toda, llamaba á Dios, sobre el abismo, en el vacío silencioso de las tinieblas, desde la última estrella, llamándole: ¡Padre!, ¡Padre!, como desde el leño de la muerte en pie le llamara, y el Padre no respondía, así el pobre León Bloy, el invendible — *l'invendable* —, desde las profundidades de su miseria, engolfado en su nostalgia de ser — que á los ojos del mundo padecía ansia de gloria —, gritó sollozando por respuesta. Y como el Ser no respondía, el mendigo ingrato se revolvió á morder las manos de los que le dieron alguna vez limosna. Y es que la limosna se le debía; ¡era su derecho, era de justicia!

Y así se ve en el mundo que lucha á dentelladas y zarpazos contra los que le rodean y se hace corro de soledad y mote de soberbia ó de locura quien, como el pobre León Bloy, encuentra sordos los oídos y muda la boca del Ser. «¡Es un bocota!», me dijo de él aquel ligero periodista, que hacía profesión de budismo y de desengaño, y que recorrió un día conmigo algunas de las trincheras de muerte, á orillas del Isonzo.

Miguel de Unamuno

VNiVERSiDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES